

vestidos, ¿no serían indicios de la gloria que Dios reserva á su amante sierva aun en este mundo? ¡Cuánto sería de desear que la autoridad eclesiástica instruyese un proceso regular!... Pero Dios proveerá en tiempo oportuno.

Soy de V. Emma. el más humilde y devoto servidor,

FR. JAIME RADÓ, O. M.»

El voto de este santo religioso ha sido escuchado, pues ya se ha abierto el proceso informativo.

Emula de las virtudes de la Marquesa de Nicolay y de sus piadosas virtudes de la señora de Sant-Crig de Artigán compró las ruinas de la basílica de Aumas, y comenzáronse las obras para su restauración.

La bella iglesia levantada sobre la casa de Cleofás, tan digna de veneración como el Cenáculo, porque, como lo hace notar San Agustín, fué allí también consagrada la Eucaristía por el mismo Jesucristo, mutilada, despojada de los ornamentos que le había prodigado la piedad de los habitantes y el fervor de los peregrinos que acudían de Europa, ha sido felizmente reconstruída y levantada del seno de los escombros que la rodeaban desde hacía siglos, gracias á los esfuerzos de los Franciscanos. Parece que estos buenos Padres no esperan sino la hora propicia para devolver á sus desnudas paredes todo el brillo que las ha arrebatado la desventura de los tiempos.

El interior de esta iglesia está dividido en tres naves terminadas por tres ábsides. Un bello monolito forma la mesa del altar mayor, y aparecen aquí y allá restos de algunos antiguos frescos.

En el centro de las bovedillas inferiores de la nave lateral derecha, se observa una construcción cuadrangular, cuyas piedras, unidas sin arte, denotan una antigüedad muy considerable. Es la morada del dichoso discípulo de que nos habla San Lucas: es el lugar para siempre memorable de la milagrosa escena evangélica; es, en fin, el sitio mismo en que Cleofás, confesando generosamente su fe en Jesucristo, murió mártir y fué sepultado.

Un atento examen de los materiales, el color de los muros, la composición del mortero, etc., etc., no permiten confundir la rústica habitación con el monumento hecho para resguardarla, mientras que su perfecta conformidad con las casas judías que guarnece la vía romana, atestigua la identidad de la época de su construcción. Además, los defectos arquitecturales del edificio no pueden en manera alguna explicarse sino por la voluntad expresa que se tuvo de incrustar en él, digámoslo así, la preciosa reliquia, á la que se sacrificó como cosa secundaria la cuestión del estilo y de la armonía.

Construída por los primeros cristianos y restaurada por los cruzados, fué al fin destruída esta iglesia por los musulmanes. La roca que descansa el excelente cemento que une las piedras, la ausencia de rendijas, todo viene á confirmar que no fué destruída por el tiempo, sino más bien por el fanatismo de los hijos del profeta. Dos veces respetable por su antigüedad y por los nombres que sostienen la iglesia, la misma tradición sacaría en caso de necesidad su autenticidad y certeza de la circunstancia misma que ella atestigua.

Todos saben, en efecto, el exquisito cuidado que los primitivos fieles tuvieron de conservar la memoria del menor hecho de la vida de nuestro Salvador. La duda sobre este punto no es permitida cuando se conoce la profunda veneración de los cristianos de Jerusalén hacia el Redentor del mundo. Todos los monumentos testifican que les siguieron paso á paso, indicando al principio con oratorios y capillas, é inmortalizando más tarde con iglesias magníficas los lugares depositarios de algunos recuerdos evangélicos. Por lo demás, nunca, hasta en estos últimos tiempos se emitió la menor duda sobre la autenticidad de este lugar ni aun siquiera por los herejes. A pesar de todo, á la discusión suscitada sobre este punto débese el inestimable beneficio de una luz más grande. No solamente se ha justificado con ella la antigua tradición sino que la ha desembarazado de ciertas obscuridades producidas por el curso de los siglos y de las inexactitudes referidas por muchos autores.

Saliendo de la iglesia de San Cleofás, y á la distancia de cien metros, hacia el mediodía del pueblo, hállase una fuente muy famosa á la que se atribuyó virtud curativa por haber tomado en ella descanso Nuestro Señor Jesucristo; es conocida con el nombre de Fuente de Ain-Adjab. Las fuentes en aquel país atraen con preferencia. Su escasez, su importancia capital en las costumbres de Oriente, hace de ellas los testigos naturales de los acontecimientos notables de la vida de la ciudad. El menor hilo de agua es un patrimonio que se transmite piadosamente de generación en generación, y al mismo tiempo el único depósito cierto de sus archivos elementales. Las fuentes no cambian de sitio, con ellas no corre riesgo de borrarse las tradiciones.

He aquí la tradición que va ligada á la de que nos ocupa ahora, referida por Sozomeno, historiador del siglo V, nacido en Gaza, y, por consiguiente, vecino de estos lugares:

«Hay una ciudad en la Palestina llamada Nicópolis, es decir, Ciudad de la Victoria, nombre que dieron los romanos á Emaús después de haberla conquistado á los judíos. En frente de esta ciudad, muy



cerca de un *Trivium*, ó punto en que concurren tres caminos, y el sitio en que caminando Jesús con Cleofás después de haber resucitado, simuló ir más lejos, hay una fuente saludable cuyas aguas tienen virtud para curar así á los hombres como á las bestias. Se cuenta que caminando un día Jesús con sus discípulos, salió del camino y se fué á dicha fuente, en donde se lavó los pies, comunicándola en seguida el poder de curar toda suerte de enfermedades.»

Estas indicaciones concuerdan admirablemente con el estado de la fuente en la actualidad. Está por de pronto fuera y en frente de la aldea, y muy cerca de un trivio. Pruébanlo los testimonios de dos célebres peregrinos que visitaron la Palestina en los años de 1586 y 1652 respectivamente. Fué el primero Juan Zuallart, belga, quien, después de haber reconocido en el Emaús distante sesenta estadios de la Ciudad Santa, el Emaús evangélico, añade: «Se muestra aún el lugar en que el Salvador fingió ir más lejos en un punto en que concurren tres caminos, de los cuales el uno va á Jerusalén, el otro hacia Jafa y el tercero hacia la Galilea.» El segundo testimonio es del canónigo Juan Doudán, quien concluye su relato sobre la peregrinación que los Franciscanos hacen á Emaús el lunes de Pascua, sobre la procesión á que había asistido y sobre la fuente milagrosa que había visto, diciendo: «Es creíble que fuese en este lugar cercano á la fuente, en donde Jesús simuló ir más lejos; tanto más cuanto que sólo en este sitio se bifurca el camino en dos direcciones hacia á Emaús la de la izquierda, y la de la derecha hacia Rama y Silo.»

El P. Antonio del Castillo hace constar también la virtud saludable de esta fuente, diciendo: «Hay una fuente maravillosa, tanto por su hermosura como por los milagros que hace, por cuya causa acuden á ella los turcos de diversas partes y sanan de sus enfermedades bebiendo su agua.»

Finalmente, á nosotros nos basta el nombre de esta fuente para indicar su origen extraordinario. Se llamaba y llámase aún, Ayn-Djab, que significa fuente milagrosa, nombre que no se ha dado á ningún otro manantial de la Palestina, por más que muchos otros pueden contar maravillas de sus aguas más abundantes y sean más aptos para proveer á las necesidades de la población.

Cuéntase que Juliano el Apóstata mandó cegar la fuente en odio á la fe de Cristo y para contrariar la devoción popular.

Emaús, mientras subsistió el reino latino, fué sede episcopal.

En esta aldea la vida es muy dulce. Allí se robustece el cuerpo, se

tranquiliza el espíritu, se respira libremente y se encuentra el peregrino más alegre que en otras partes.

A esta circunstancia responde sin duda el que cuando algún religioso del convento de San Salvador está enfermo ó debilitado por el trabajo ó por el clima, se le envía á Emaús, en donde no tarda en recobrar la salud y las fuerzas perdidas.

No influye poco la influencia moral á este beneficio. Allí florece una pequeña comunidad modelo, parecida á una familia privada por la unión y mutuo afecto de los religiosos que la componen. El Superior, hombre humilde y dulce en su trato, les hace agradable la obediencia y el sacrificio por la bondad con que manda. Los religiosos arreglan la casa, cuidan del jardín, hacen la cocina, se ocupan de los pobres y reciben los peregrinos. Consagrados á este trabajo que deja al espíritu mayor libertad para la oración y para elevarse á la contemplación del mismo Dios, son felices en medio de esta vida pobre, laboriosa y retirada. No envidian nada, nada piden, ni tienen otro objeto que servir al Señor lejos del mundo y libres de toda preocupación terrestre. ¡Admirable y tierna sencillez de los hijos de San Francisco!

Dirijámonos hacia el N. O. de la montaña, punto culminante desde el que se goza de una de las más bellas vistas de la Palestina. ¡Cuántas veces anduvo por estas montañas la mujer ilustre, cuya vida nos hemos complacido en estudiar!

En este sitio se ensancha el valle y se descubren los llanos numerosos de las colinas que se hunden sobre la llanura. Más lejos se observa la grandeza del espacio, las aldeas aquí y allí sembradas; después, en la profundidad del vasto horizonte, la mar de un azul intenso y el promontorio del Carmelo terminando el fondo del cuadro. En un día claro, al ponerse el sol, se tiñen de un violado intenso las crestas de las colinas que rodean al espectador, y después desaparece como un inmenso globo de fuego tras las ondulaciones del suelo. Poco á poco un magestuoso silencio invade el desierto, la noche cae, el cielo se constela de estrellas, y nada viene á turbar la soledad que le rodea, si ya no es el agudo y lejano aullido de algún chacal.

La fortaleza de Latrún, lo mismo que las de Plaus y Moé, cuyos vestigios apenas se descubren en las inmediatas alturas, fueron en época de las Cruzadas como los reductos que defendían el camino de Jerusalén; Saladino las desmanteló; y como allí se guareciesen numerosos bandoleros Ibrahim-Bajá en 1834 completó su destrucción.

Este proceder confirma la tradición según la cual el castillo Latrún, derivado de la palabra latina *latro*, habíase convertido en guarida de



bandidos á los cuales capitaneaba el señor del lugar, por nombre Dímas, de origen egipcio, condenado después por los romanos al suplicio de la cruz; padeciolo en el Calvario junto á Cristo, y habiendo en su arrepentimiento reconocido en él el Salvador, mereció que éste le prometiera la gloria del paraíso y que los cristianos le veneremos bajo la invocación del Buen Ladrón.

El altillo en que está situada la aldea de Latrún domina uno de los caminos de Jaffa á Jerusalén, desde aquel punto el uadi-Aly que atraviesa el llano, va formándose angosta torrentera y comienza la verdadera subida serpenteando á trechos el camino entre dos muros de roca erizados de arbustos y maleza. Después de andar por la penosa hondonada unos diez kilómetros, y de hacer alto entre los olivos que dan sombra al Bir-Ayub (Pozo de Jacob), en la Sagrada Escritura fuente de *Nephtoa* (fuente abierta), límite entre las tribus de Judá y Benjamín, déjase á la derecha en inmediato monte el reducido lugar de Saris, que fué la ciudad de igual nombre perteneciente á la tribu de Judá. A la espalda queda el pueblo de Beit-Nuba, la antigua Nob, la ciudad sacerdotal en la que se refugió David huyendo de la ira de Saul. El gran sacerdote Achimelech le dió los panes de proposición y le entregó la espada de Goliat, por lo cual, al saberlo Saul, mandó acuchillar á los moradores de Nob y entrar á saco la ciudad. Allí estableció su campamento Ricardo Corazón de León en el año 1192, y aun se encuentran restos de una iglesia de los tiempos de la dominación latina.

A muy poca distancia se encuentra el pueblo que desde hace medio siglo es conocido con el nombre de Abu-Goch, por llamarse así un poderoso jeque que con sus hermanos en número de seis y sus ochenta y cinco hijos fué por mucho tiempo el terror de la comarca, de caravanas y peregrinos. Desde Modín á Hebrón quince mil árabes obedecían sus órdenes, y más de una vez hubieron los bajaes de entrar en tratos con él después de haberla perseguido con numerosas fuerzas, hasta que Ibraim-Bajá puso fin á su bandolerismo en 1830, apoderándose de su persona y encerrándole en los calabozos de San Juan de Acre, pero en el año de 1834 le devolvió la libertad para oponerle á la insurrección triunfante y emplear su influencia en pro de la dominación egipcia. Su familia vive aún en aquel lugar, aunque sin la riqueza é influencia del feroz Abu-Goch.

El verdadero nombre árabe de aquel lugar, el cual tenía antes, es Kiriet-el-Anab, esto es, *ciudad de las uvas*; en sus inmediaciones levantóse en el siglo XII una hermosa iglesia gótica bajo la invocación del profeta Jeremías, y en el siglo XVI los Padres Franciscanos la ser-

vian aún y ocupaban el convento que junto á ella se había construido, del cual ni siquiera quedan los cimientos, pues en 1849 penetraron una noche por sorpresa en su recinto, arrasaron el convento, asesinaron á los nueve religiosos que lo habitaban y convirtieron en establo la iglesia de San Jeremías, la cual entregó á Francia en 1873 el Gobierno de Constantinopla, en compensación sin duda de haber arrebatado á los Padres de Tierra Santa la iglesia de San Jorge que poseían en Lydda.

La iglesia de San Jeremías consta de tres naves terminadas en otras tantas ábsides, dignas de llamar la atención del viajero; es notable el buen estado en que relativamente se conserva, á pesar de su antigüedad, de las llamas que serpentearon por sus bóvedas y de las profanaciones de que ha sido objeto. Vense aún restos de pinturas murales y de mosaicos. En los subterráneos de esta iglesia hay una cripta también digna de visitarse.

Kiriet-el-Anab ha sido identificado con Anathot, patria de Jeremías, sin duda por el nombre dado á la iglesia que acabamos de visitar y á la fuente que brota á poca distancia, en la suposición de que aquélla fué levantada en el lugar donde nació el gran profeta. Autorizadas opiniones afirman que la patria de Jeremías debe buscarse en la actual aldea de Anata.

Saliendo de Au-Goch, á la derecha, sobre una alta montaña de forma cónica, se divisa el pueblo de Soba, antigua ciudad que está hoy reducida al estado de miserable aldea. Antes de la invasión de Ibraim-Bajá era plaza fuerte, ceñida de antiguos muros muy bien construidos y conservados; pero en el año de 1834, después de una tenaz resistencia, fué asaltada por las tropas de Ibraim y desmantelada. Subsisten, sin embargo, en varios puntos, lienzos de muralla casi intactos, muestra de la bella fortificación de aquel recinto. En el punto más culminante de la montaña hay una torre moderna, cuya base es de gran antigüedad, y fuera del pueblo aparecen muchas sepulturas de origen remotísimo.

Antigua fuente á la que acuden á llenar sus cántaros las mujeres de Soba da vida, en la falda del monte, al lado oriental, á hermosos huertos y verjeles entre los que crecen árboles frutales.

Para unos Soba es la antigua Sobeta de los setenta, y según otros es Modín, patria de los macabeos y lugar de su sepultura. Esta última es la tradición generalmente adoptada por cristianos y musulmanes, aunque Fr. Liviano de Hamme encuentra infundada esta opinión.

En la época de las Cruzadas la montaña de Soba recibió el nombre de Belmonte.